



DOLORES  
CONQUERO

*Amores  
contra  
el tiempo*

Ellas los amaron más jóvenes

Dolores Conquero

Amores contra el tiempo

*Ellas los amaron más jóvenes*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Dolores Conquero Jiménez, 2018

Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de las ilustraciones del interior, © Leemage/Corbis vía Getty Images, © Fine Art Images/Heritage Images/Getty Images, © Art Collection 3 / Alamy Stock Photo / ACI, © Paul Fearn / Alamy Stock Photo/ACI, © Bettmann – Getty Images, © Hulton Archive – Getty Images, © Pierre Choumoff/Roger Viollet/Getty Images, © Bettmann – Getty Images, © AESA, © AFP/Getty Images, © Hansel Mieth/The LIFE Picture Collection/Getty Images, © Martha Holmes/The LIFE Picture Collection/Getty Images, © Keystone-France/Gamma-Keystone vía Getty Images, © UIG - Getty Images, © Universal History Archive/UIG vía Getty Images, Cortesía Editorial Seix Barral, © H. John Maier Jr./The LIFE Images Collection/Getty Images, © AESA, © Henry Clarke/Condé Nast vía Getty Images, © Settimio Garritano/Pix Inc./The LIFE Images Collection/Getty Images

Primera edición: marzo de 2018

Depósito legal: B. 2.174-2018

ISBN: 978-84-08-18263-4

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## Índice



<i>Introducción: El último tabú</i>	11
<b>1. Diana de Poitiers y Enrique II de Francia</b> ¿A quién le importa la edad?	15
<b>2. Victoria de Inglaterra y John Brown</b> Una historia poco victoriana	43
<b>3. Marie Curie y Paul Langevin</b> Las pioneras pagan sus osadías muy caro	79
<b>4. Coco Chanel y el amor</b> Quiero saber cómo besan un príncipe ruso o un duque inglés	121
<b>5. Agatha Christie y Max Mallowan</b> Los mejores compañeros	163
<b>6. Gala y Dalí</b> La fascinación era eso	211

7. <b>Dolores Ibárruri, Pasionaria, y Francisco Antón</b> Prohibido enamorarse de un chico joven si eres política	251
8. <b>Julia Urquidi Illanes y Mario Vargas Llosa</b> Todo queda en familia	285
9. <b>Fiona Campbell-Thyssen y Alexander Onassis</b> El amor truncado	335
<i>Bibliografía</i>	375
<i>Agradecimientos</i>	381

# 1

## **DIANA DE POITIERS Y ENRIQUE II DE FRANCIA**

*¿A quién le importa la edad?*



Corte de Valois, Francia, 1526. Dos niños de ocho y seis años, hijos mayores del rey Francisco I y de la fallecida Claudia de Francia, viajan atemorizados hacia un destino incierto. Van a la corte española en calidad de rehenes: es la mejor manera que su familia ha encontrado de liberar al rey y hacer ver a Carlos I que cumplirá con las exigencias del tratado de Madrid, suscrito tras su aplastante derrota en la batalla de Pavía. Se trata de Enrique, duque de Orleans, y de su hermano mayor, el delfín Francisco. No van solos. Los acompaña una comitiva encabezada por su abuela, Luisa de Saboya. El intercambio tendrá lugar la mañana del 17 de marzo en la frontera entre Francia y España, pero antes les espera un largo e incómodo viaje. Todos se afanan en tranquilizar a los asustados niños, pero en realidad dirigen sus atenciones en una sola dirección: la del heredero de la corona. Nadie parece reparar en la angustia de Enrique, su hermano pequeño. Nadie excepto Diana de Poitiers, una de las damas de la corte que, conmovida, se acerca al niño, lo calma y le da un beso en la frente. En este sencillo gesto estará el origen de uno de los más grandes amores de la historia.

En los cuatro años y medio que los niños pasarán en diversos castillos españoles, sin instrucción y con atenciones manifiestamente mejorables, un recuerdo sostendrá al más pequeño cuando las fuerzas le flaqueen: el del beso otorgado por aquella hermosa dama de veinticinco años y cabello entre rubio y rojizo. Por eso, en cuanto tiene ocasión, le rinde cumplido homenaje. Una vez liberados, su padre, cumpliendo con el compromiso adquirido, se casa con Leonor de Austria, hermana del emperador Carlos V, y los festejos en torno a la nueva reina incluyen un torneo en el que los dos jóvenes príncipes entran en liza. La costumbre dicta que todo caballero ha de elegir a una dama a la que brindar su valentía, y el delfín elige a la nueva esposa de su progenitor. Para sorpresa de todos, Enrique, de doce años, detiene su cabalgadura ante la tribuna de invitados regios y deja su estandarte a los pies de Diana.

Por entonces Diana, hija de Juan de Poitiers, señor de Saint-Vallier, llevaba mucho tiempo frecuentando la corte. Nacida a finales de 1499, estaba casada desde los quince años con Luis de Brézé, senescal (una especie de virey) de la corte de Normandía, la más importante del reino. Su marido tenía cuarenta años más que ella y, con su joroba y su larga nariz no era exactamente un Adonis, pero parece que se llevaban bien y ella ejercía de senescala con majestuosa dignidad. No se le escapaba que gracias a ese matrimonio tenía un rango sólo superado por el de princesa real, y eso eran palabras mayores para ella, una mujer educada en el sentido del deber y de la gran-



deza.<sup>1</sup> Además, Luis de Brézé era un hombre sensato y culto, muy protector con Diana y con las dos hijas que tuvieron, y con el que compartía su pasión por la caza. Gracias a esta boda, concertada por sus propios padres, había mejorado su posición en la corte, pero ella ya la frecuentaba desde niña en calidad de dama de compañía de Claudia, primera esposa de Francisco I, y luego sería dama de honor de las sucesivas reinas.

Con esos antecedentes, no es extraño que el rey le pidiera a Diana que permitiera que Enrique fuera su *chevalier servant* (caballero andante), algo que sin duda vendría bien a quien había vuelto traumatizado de sus años en España y se había convertido en un joven introvertido y taciturno. Amaba la caza y el ejercicio físico, al que se dedicaba de manera obsesiva, pero era evidente que no disfrutaba con las bondades de la corte y ya lo habían bautizado con el sobrenombre de *El bello tenebroso*, sin duda inspirados en el héroe del *Amadís de Gaula*,<sup>2</sup> una obra que causaba estragos en la época y que había inflamado muchos de los sueños del joven. Diana, que había estudiado idiomas y música, se prestó a iniciar a Enrique en los usos mundanos y en los del amor platónico.

Durante un tiempo, compaginó sin problema sus estancias en palacio con su vida de casada en el castillo de Anet,

<sup>1</sup> Brézé era también nieto por línea ilegítima de Carlos VII y de Agnès Sorel, su favorita. Pero no todo era bonito en su pasado: su madre había muerto a manos de su celoso marido.

<sup>2</sup> Leonie Frieda, *Catalina de Médicis*, p. 144.

donde a veces ella y su marido, condes de Brézé, recibían a los reyes con sus hijos y donde las jornadas de caza que organizaban, que duraban varios días, eran legendarias. Vivió una experiencia muy dura cuando su padre se vio envuelto en un intento de levantamiento contra el rey y fue condenado a muerte. Al parecer, el marido de Diana utilizó todas sus influencias para salvarlo, y cuentan que la orden que conmutaba la pena capital por la de cárcel llegó cuando el infortunado tenía ya la cabeza sobre el tocón del verdugo. Fue un momento difícil. Diana no sólo estuvo a punto de perder a su padre; también vio un atisbo de lo que podría ser vivir sin una excelente posición social y eso reforzó aún más su idea de ser virtuosa e intachable por siempre.

La decisión no era baladí. En la corte renacentista de Francisco, caballerosa y civilizada, había de todo, y las aventuras amorosas reales no eran una excepción. Pero, con ser toleradas, seguían ciertas reglas tácitas, entre ellas las que imponía el juego del disimulo; es decir, fingir que no eran relaciones, sino otra cosa. Que los reyes tuvieran amantes se aceptaba porque, en unos tiempos en que los enlaces eran literalmente «contratos matrimoniales» entre personas que ni siquiera se conocían, era mucho pretender que además se amaran y se desearan. Pero las formas importaban. Y además se tenía siempre presente el ideal, cómo debían ser las cosas aunque en la práctica no lo fueran. La corte de Valois tenía sus anhelos de perfección, por eso cuando corrió el rumor de que Diana había aceptado acostarse con el rey para conseguir el perdón de su padre, esta se apresuró a ne-

garlo con todas sus fuerzas. Al fin y al cabo, de ella había dejado escrito el propio rey: «Bella para mirar, honesta para conocer».<sup>3</sup> El «culpable» de esta teoría, a la que muchos se sumaron gustosos, fue el célebre cronista Brantôme, que además de jugar con ella vio cómo inspiraba una novela de Víctor Hugo, *El rey se divierte* (que a su vez está en el remoto origen de la ópera *Rigoletto*). Actualmente hay unanimidad en que esto es muy improbable.

En julio de 1531, Luis de Brézé murió a los setenta y dos años y Diana decidió convertirse en viuda eterna. En vez de intentar casarse de nuevo, algo que no le habría costado mucho, prefirió luchar ella sola por su futuro y por el de sus descendientes, lo cual en aquella época no puede considerarse sino valiente y osado. Conocía la corte lo suficiente para saber que ganarse el respeto de la gente pasaba por mantener una buena imagen en el terreno personal, que nadie dudara lo más mínimo de su fidelidad al recuerdo de su esposo. Así pues, se dispuso a esto cuanto antes. Añadió a su escudo la antorcha invertida, símbolo de las viudas, y construyó un monumental sepulcro a la memoria de su marido en el que hizo inscribir con letras de oro las siguientes palabras: «Luis de Brézé. Diana de Poitiers mandó construir / esta tumba, conmovida por la muerte de su esposo. / Fue su inseparable y más fiel esposa/en el lecho matrimonial, / y por ello aquí será enterrada».<sup>4</sup> Ya nunca más vestiría de

<sup>3</sup> Michael de Kent, *Diana de Poitiers y Catalina de Médicis*, p. 80.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 188.

verde ni de ningún otro color, y tampoco iría de blanco, el color del luto de las reinas y las grandes damas. En su lugar eligió el blanco y el negro, que le sentaban de maravilla porque acentuaban la palidez de su tez y contrastaban con sus cabellos.

En su puesta en escena tenía no poca importancia su físico. Alta y esbelta, Diana tenía unas maneras suaves y orgullosas y un cuerpo perfecto. Lo conservó hasta el final, y esa es parte de su leyenda. Se rumoreaba que el secreto de su belleza estaba en el oro líquido que tomaba todos los días, pero lo cierto es que fue una adelantada en cuanto a higiene y cuidado personal: se bañaba en agua fría todos los días, comía frugalmente y practicaba ejercicio físico con regularidad (montaba a caballo tres horas diarias, siempre con una máscara en el rostro para protegerse de las ramas). Además, evitaba los afeites y coloretos en la cara, pues estaba convencida de que a la larga estropeaban el cutis, y descansaba semierguida sobre varias almohadas para evitar las arrugas del cuello. En realidad, su belleza era más una cuestión de actitud, de porte y seguridad en sí misma, pero el hecho es que impactaba. Gente que la conoció con más de sesenta años hablaba de «su belleza, su gracia, su majestad».<sup>5</sup>

Los chicos crecían. Las hijas de Diana se habían casado bien casadas y los hijos del rey ya eran carne de matrimonio. Desde Italia vino para desposarse con Enrique Catali-

<sup>5</sup> Benedetta Craveri, *Amantes y reinas*, p. 24.



*La leyenda de la belleza de Diana de Poitiers ha llegado hasta nuestros días. Y sobre todo la de su juventud. Diana tenía un cuerpo perfecto que cuidó con métodos sorprendentemente modernos y llevada sólo de su instinto.*

na de Médicis, sobrina del papa Clemente VII, que tenía catorce años. Enrique, casi de su misma edad, no mostró el menor entusiasmo por aquella chica poco agraciada, de ojos saltones y breve mentón, pero no puso la menor pega: ya sabía que los enlaces eran cosa de estado y que, si su padre lo había decidido así, tendría sus buenas razones para ello (las tenía: nada menos que un primer paso hacia futuras conquistas en Italia). En cuanto a los motivos del papa para con su sobrina, eran claros: subir aún más si cabe en la escala social. Catalina llegó con ganas: huérfana de padre y madre, estaba dispuesta a ser fiel a su nueva familia y a hacerse merecedora de sus atenciones.

La recién llegada observó pronto la enorme influencia que Diana de Poitiers tenía en su esposo. No eran amantes todavía, pero no hacía falta ser muy listo para ver en los ojos de Enrique la adoración que sentía por esa mujer por la que no parecían pasar los años. Para su desgracia, se había enamorado del príncipe, pero este no la correspondía. Sin embargo, paciente y tenaz, ocultó su desazón y disimuló todo cuanto pudo. Durante sus primeros años en la corte, Catalina no pudo pasar más inadvertida, pero a la chita callando fue haciéndose con sus secretos. Se llevó especialmente bien con el rey, que valoraba su inteligencia y su amena conversación. También con la amante de este, madame d'Étampes, era cortés. Y hasta con Diana, quien además era prima segunda suya. De hecho comprobó, atónita, que pese a las apariencias estas no se soportaban. Sus estilos no podían ser más distintos: si la primera alardeaba de su condición de amante oficial del rey, Diana era la discre-

ción en estado puro. Entre las enseñanzas de Francisco y sus propias dotes de observación, la mujer de Enrique logró un bagaje que un día, en el futuro, le sería muy útil. Pero eso fue más tarde. Entonces, en plena adolescencia, lo que más le preocupaba a Catalina era que no lograba quedarse embarazada.

Un hecho vino a complicar las cosas: la repentina muerte del delfín, tras jugar un partido de tenis y tomar un vaso de agua helada.<sup>6</sup> De repente, Enrique y Catalina se convirtieron a la edad de diecisiete años en príncipes herederos. Algunos historiadores han querido ver en este hecho el origen del cambio en la relación entre Enrique y Diana, pues fue más o menos entonces cuando su amor dejó de ser exclusivamente platónico, pero es más probable que fuera el natural curso de las cosas: Enrique se había convertido en un joven alto y atlético, y Diana, pese a tener diecinueve años más que él, estaba a sus treinta y seis en todo el esplendor de su belleza. Los que piensan que al convertirse en la amante del nuevo delfín adquiriría nuevas prebendas no cuentan con los innegables inconvenientes que podía acarrear para ella unirse con alguien tan joven, entre ellos po-

<sup>6</sup> Pese a saber que había sido un hecho fortuito, se buscó un chivo expiatorio, un paje italiano al que ejecutaron por descuartizamiento. Esta bárbara práctica, que venía de la Edad Media y estaba casi en desuso, consistía en amarrar a la víctima de brazos y piernas a cuatro caballos y azuzarlos para que corrieran en diferentes direcciones. El cine la ha mostrado alguna vez. Por ejemplo, en la película de John Huston *Paseo por el amor y la muerte*, una adolescente Anjelica Huston se topa con una ejecución así.

ner en peligro su buena reputación o exponerse al ridículo o la sátira, cuando no a la humillación de un abandono futuro. Pero, como dice Benedetta Craveri, ¿acaso tenía otra elección? Seguir negándose a un hombre joven y de temperamento fogoso era lo más parecido a abandonar la partida, y lo que estaba en juego «era demasiado valioso como para no probar suerte». <sup>7</sup> Y aunque no se sabe con exactitud cuándo se convirtieron en amantes, sí que hay consenso en que fue en el castillo de recreo de Écouen, propiedad del condestable Anne de Montmorency, y que al día siguiente Diana escribió unos sencillos versos en los que hacía ver que «había cedido» a un hombre «fresco, dispuesto, joven». Enrique no podía estar más feliz y enamorado. Después de desearlo tanto tiempo, había conseguido a la dueña de su corazón, a la que prometió, por escrito, que sería siempre «su siervo». <sup>8</sup> Y Enrique era un hombre de palabra.

El dolor de Catalina no hizo sino crecer al ver que el tiempo pasaba y la fuerza de su rival no sólo no palidecía, sino que cada día se hacía más fuerte (envuelta, eso sí, en aires de respetabilidad). No todo el mundo estaba en el secreto de la verdadera naturaleza de la relación entre aquella y el delfín, pues ella la adornó con respetables y abundantes imágenes de Diana, la casta diosa romana de la caza (la Artemisa de los griegos), y hay que decir que en este arte de asociarse a una diosa de la mitología, del que ella

<sup>7</sup> Craveri, p. 27.

<sup>8</sup> Frieda, p. 103.



fue precursora, alcanzó una maestría indiscutible. A partir de ese momento, Enrique sólo vistió de blanco y negro, como Diana, y adoptó como emblema la luna en cuarto creciente, que era la misma de la diosa cazadora. Y lo más importante, ideó un monograma que entrelazaba graciosamente las iniciales de sus nombres: H (de Henri) y D, y que hizo poner en todos los blasones reales hasta el final de su vida.<sup>9</sup> Catalina, que mezclaba su gusto por los libros con su afición a la magia y a la nigromancia (la adivinación por medio de los espíritus de los muertos), llegó a pensar que Diana había lanzado alguna clase de hechizo a su marido, pues no podía entender que, después de tanto tiempo, y a pesar de alguna breve aventura,<sup>10</sup> su corazón permaneciera fiel a una mujer que ya rondaba los cuarenta, edad considerable en una época en que la gente moría joven y a los treinta entraba en la madurez. Tanto se obsesionó que mandó hacer una grieta en el suelo del piso superior al de los encuentros de los enamorados, para ver cuál era el secreto de la viuda. Lo que vio la alteró, como no podía ser menos, y le hizo ver que no había nada que ella pudiera ha-

<sup>9</sup> En algunos de ellos, en un alarde de optimismo, hay quienes quieren ver además lo que podría ser una «C», para no hacer de menos a la esposa oficial. Otras versiones ven en ello un intento de manipulación posterior de Catalina.

<sup>10</sup> Está probado que tuvo al menos dos: la antes mencionada, con una joven piamontesa que le dio una hija, a la que puso precisamente el nombre de Diana, y otra con lady Fleming, una institutriz venida de Escocia, pelirroja y bastante mayor que él. A la segunda le puso fin la propia Diana.

cer para competir con esa relación apasionada. Tan sólo dejar que el tiempo hiciera su trabajo.

Convertida en primera dama de Francia después de la reina, el deseo de engendrar un hijo se convirtió en perentorio para Catalina, que a esas alturas ni siquiera contaba con la protección del actual papa, ahora que Clemente había fallecido. Si no lo conseguía pronto, corría el riesgo de ser repudiada y sustituida por otra joven princesa, y más ahora, que por culpa de un desliz durante la campaña de Italia todos sabían que Enrique no tenía problemas de fertilidad. Para su sorpresa, contó con el apoyo explícito de su suegro y con una inesperada aliada: Diana. Ambas comprendieron que lo mejor que podía pasar era que Catalina se quedara embarazada, porque las consecuencias de lo contrario no serían buenas para ninguna de las dos: una porque se iría de la corte; la otra porque no podía arriesgarse a que llegara una mujer nueva a la vida de Enrique. Había tenido mucha suerte con la joven y sumisa Catalina, pero ¿quién le decía que una nueva consorte aceptaría de la misma manera su presencia? ¿O que aquel no se enamoraría locamente de ella?

En ese tiempo de incertidumbre, una enemiga dio la cara sin ningún disimulo. Madame d'Étampes, la favorita del rey, conspiró sin ningún escrúpulo contra Catalina alimentando la idea del repudio, pero lo que en realidad quería es, como temía Diana, que llegara una nueva mujer a la corte y la desplazara. Por entonces d'Étampes se había molestado en encargar a poetas que escribieran en tono satírico sobre la «vieja» Diana, o en decir, exagerando, que

ella había nacido el mismo día de su boda con Brézé, para llamar la atención sobre la diferencia de edad que había entre ella y Enrique. A todo ello Diana hacía oídos sordos con elegancia. Tenía otras cosas en que pensar, como por ejemplo cuáles eran las obligaciones de un príncipe heredero, así que lo primero que hizo, en cuanto el tiempo empezó a apremiar, fue «mandar» a su amante al lecho conyugal con asiduidad. Se instituyó así de facto algo parecido a un *ménage à trois*. Todas las noches, después de estar con Diana, el obediente Enrique visitaba a su esposa, que en su afán por ser madre se sometió a todo tipo de tratamientos médicos y de los otros (consejos, filtros, pociones repugnantes). Y un día, cuando ya llevaban casados nueve años, Catalina sorprendió a todos con su estado de buena esperanza.

El niño se llamó Francisco, como el rey (quien, según la costumbre de la época, estuvo presente en el parto), y fue el primero de diez hijos, seis de los cuales sobrevivieron. Tras diez años de sequía, el vientre de Catalina no dejó de concebir príncipes. Todos los años traía un hijo al mundo, y todas las noches Diana le recordaba a Enrique que se diera una vuelta por los aposentos de su esposa, tal vez para sentirse menos culpable con ella, quien, desesperada, veía cómo el hecho de dar a luz tantos hijos no la acercaba sin embargo a su marido. No al menos en su corazón, donde seguía reinando a todas luces la que un día sería duquesa de Valentinois por obra y gracia de su esposo. Catalina se había quejado muchas veces ante Enrique, pero este le había hecho ver que ese era el estado de las cosas, y que debía aceptarlo si de

verdad lo amaba. El caso es que en el día a día seguía fingiendo que toleraba y aceptaba la relación, pero en su fuero interno anidaba un creciente rencor. No en vano se conserva una carta, fechada mucho tiempo después, en la que explica: «Yo ponía buena cara a madame de Valentinois. Era la voluntad del rey, aunque no le ocultaba que consentía en ello mal de mi agrado: porque nunca ninguna mujer que haya amado a su marido ha amado a su puta».<sup>11</sup>

Fueron muchas las humillaciones que la esposa del príncipe hubo de soportar, entre ellas que Diana fuera la encargada de ocuparse de todo lo relativo a sus propios hijos o su principal dama de honor, pero nada comparado a las celebraciones de su coronación como rey, en 1547. Francisco había muerto a los cincuenta y dos años, víctima de los excesos, y tres meses después, como dictaba la tradición, Enrique hizo su entrada a caballo dos días antes de la solemne ceremonia en la ciudad de Reims, engalanada para la ocasión. Hubo música, cañonazos, clarines, fuegos artificiales... y la media luna plateada, símbolo de la diosa Diana y de la otra Diana, por todas partes. Era esta una procesión exclusiva de hombres; las féminas sólo podían seguirla desde sus aposentos. Así que cuando Enrique pasó bajo la ventana en la que estaba Catalina, sabedor de sus obligaciones, frenó el caballo y saludó a su esposa, pero acto seguido siguió adelante y se detuvo bajo la ventana de Diana, a la que saludó también. Y lo mismo se repitió en la

<sup>11</sup> Craveri, p. 34.

ceremonia principal, con algo añadido: el rey se había hecho nuevas vestimentas, todas bordadas con pequeñas perlas que formaban los símbolos de Diana: las medias lunas entrelazadas y la doble D dentro de la letra H. Más allá del envoltorio que quisieran darle a lo suyo, de cómo decían a todos que sólo eran fieles y buenos amigos, estaba claro que para él esa mujer era esencial; que el amor que sentía por Diana, su dama («Ma Dame» la llamaba él; «madame» el resto de la corte),<sup>12</sup> le era indispensable para vivir. Hacía muchos años que se conocían. Ella tenía en ese momento cuarenta y siete años y él veintiocho, pero su unión era indestructible.

Una de las primeras consecuencias de la muerte del rey fue, como se esperaba, la caída en desgracia de la duquesa d'Étampes. Durante el reinado de Francisco I de Francia había intrigado más allá de lo razonable, poniendo al rey en contra de su hijo y provocando no pocos problemas al hacer que las políticas exteriores de uno y otro chocaran. Sus burdas manipulaciones, que en realidad no tenían más objetivo que hacer la vida imposible a Diana, a quien secretamente envidiaba, no le sirvieron de nada. Volvió con su marido, que es lo que hacían todas las amantes reales (todas menos Diana, que ya sabemos que nunca quiso otro marido). De hecho, era esta la tónica común en la corte: a

<sup>12</sup> Obsérvese que lo que en esa época era muestra de respeto (*madame* era el tratamiento reservado también a la reina) con el tiempo degeneraría, y hoy en día tiene unas connotaciones distintas en según qué circunstancias.

la par que una mujer se convertía en la favorita del rey, se le buscaba un marido respetable para cubrir las apariencias en caso de embarazo y para que, cuando dejara de gozar de sus favores, tuviera una madurez honorable. A cambio, el esposo era convenientemente compensado en forma de honores y prebendas. Pero lo que pasaba después, una vez en casa, era cosa del marido, y no todos reaccionaban igual ante lo que en la época se consideraba una afrenta. Real, pero afrenta al fin (la anterior favorita de Francisco, sin ir más lejos, fue encerrada en una habitación sin luz y tapizada toda de negro). Es probable que madame d'Étampes ya intuyera que ella no iba a ser de las afortunadas, porque lo primero que dijo cuando la muerte de Francisco era inminente fue: «Que la tierra me trague», versión francesa del moderno «tierra, trágame». Madame d'Étampes fue expulsada de la corte sin dilación, para alegría de Diana y de la reina Leonor, la viuda. Se fue a su castillo de Limours y devolvió las joyas y los regalos que le había hecho Francisco, muchos de los cuales eran propiedad inalienable de la Corona. Pero respiró tranquila cuando vio que no fue procesada por los numerosos delitos que había cometido, presa de la codicia. Tuvo suerte.

Las joyas y propiedades que d'Étampes devolvió no fueron a parar a las manos de Catalina, que hubiera sido lo propio, sino a las de Diana. Porque ella seguía siendo la primera para Enrique, por más que su esposa le diera hijos año tras año y gozara de más respeto ante sus ojos. Es más, ahora que su amor era rey, se desató un aspecto de su personalidad que hasta entonces había permanecido oculto: la

codicia. Diana ya no disimuló su deseo de acumular riqueza y honores, aunque eso no favoreciera la imagen íntegra que tantos años le había llevado cultivar. Enrique aceptó que ella fuera la destinataria de varios impuestos, además del derecho de propiedad sobre todos los inmuebles sin títulos claros y los confiscados a los herejes. Ella siempre había sido católica y odiaba el protestantismo, pero es de suponer que semejante incentivo hizo que fuera una de sus más firmes detractoras. También la nombró duquesa de Valentinois y le regaló el castillo de Chenonceau, en pleno valle del Loira, una auténtica joya que Catalina siempre pensó que sería para ella. Cada una de estas decisiones era un golpe más, una nueva humillación. Enrique no la olvidaba (le dio una asignación de 200.000 libras anuales y le permitió restaurar varios castillos para su uso y disfrute), pero en todo cuanto le otorgaba quedaba claro que su posición era inferior a la de Diana, pese a ser ya la reina de Francia. Ni siquiera el que le concediera traer a la corte a sus primos, los Strozzi, la alegró: Diana ya había obtenido, a su vez, múltiples beneficios para su familia y sus allegados.

Para añadir aún más dolor a su afrenta, Catalina vio cómo el mundo no sólo saludaba a su rival en tanto que primera dama de facto, sino que su estilo en el vestir, tan alabado siempre, era imitado e incluso se convertía en tendencia entre todas las viudas de la aristocracia. Diana de Poitiers (quien nunca perdió del todo su nombre de soltera, otra cosa en la que fue resueltamente vanguardista) impuso para siempre el negro como color de luto. Es la *it girl* por excelencia de su época, con sus prendas de seda pura y de

terciopelo, sus hileras de perlas que colgaban de ambos hombros y se unían en un corpiño negro con escote bajo y amplio, la cadena de plata trabajada a la cintura. Su cabello recogido a *l'escoffion*, con un cintillo de terciopelo negro trenzado, tachonado de perlas, también fue tendencia. Ya en el siglo xx, el diseñador Christian Dior diría que era la persona que más había influido en la moda de su época.

Muy segura de su posición prominente, Diana se convirtió también en consejera real. Se cuenta que todos los días el rey despachaba con ella no menos de tres horas, y hay que decir que no lo hizo del todo mal, pues siempre intentó ser prudente y mostró algo parecido a la sensibilidad social, al intentar mejorar las condiciones de los más desfavorecidos. Con todo, la paciente Catalina, que a estas alturas no podía más con su «odio cordial» a Diana, fue ganando lentamente enteros en el terreno político. Su marido partió en dos ocasiones a la guerra, y entonces a ella le tocó ser regente, labor que cumplió con diligencia. Enrique II no pudo sino alabar su capacidad de trabajo y su habilidad, como cuando consiguió en París fondos para armar al ejército. Ahí, le gustara o no a Diana, la costumbre era bien clara: la regencia era sólo cosa de reinas, no admitía sucedáneos. Pero cuando se comparte la vida con otra mujer, aunque esto venga impuesto, suceden cosas insospechadas, como que precisamente durante la segunda regencia Catalina contrajera la escarlatina, y la mujer que mejor la cuidara fuera... Diana. ¿Primitiva versión del síndrome de Estocolmo? ¿Ejemplo donde los haya de relación tóxica? Es posible, pero que a veces la reina enterrara el hacha de guerra no quiere decir que no tuviera





*Diana de Poitiers era una suerte de «it girl» de su época. Su estilo en el vestir se convertiría en tendencia: prendas negras de seda pura y de terciopelo, hileras de perlas que colgaban de ambos hombros... Era una mujer admirada e imitada.*

en mente un objetivo: ver llegar el día en que por fin la perdería de vista. Parece que incluso valoró la posibilidad de envenenarla, pero desistió, como renunció en su día a exigirle a Enrique que la expulsara de su vida, porque entendió que a la larga eso se volvería contra ella.

Además de tener hijos, Catalina se había hecho también una experta amazona: así podría estar más tiempo con su esposo en la que era una de sus actividades preferidas (ella fue quien popularizó la silla de amazona, que por fin permitía a las mujeres cabalgar normalmente, y la costumbre de usar ropa interior, cuya falta solía traer no pocos disgustos). Además, aunque estaba sobrada de peso, era mucho más joven que Diana e intuía que esta ya no podía montar a caballo con la misma intensidad de antes. Se sentía herida por su situación sentimental, pero desde que fue coronada reina la conciencia de su propia grandeza inundó el resto de su persona, lo cual fue un buen consuelo. Ella misma se ocupaba de que todos sus palacios, a los que la corte entera se desplazaba con regularidad (Blois, Chambord, Amboise, Les Tournelles, Fontainebleau...), mostraran la grandeza del reinado hasta en el más pequeño de sus rincones. Sus propias ropas eran las más majestuosas de la época, al decir de Brantôme, con pesados terciopelos y ricos brocados de seda de vivos colores, cubiertos de encajes dorados y plateados.<sup>13</sup>

Y mientras, Diana, que entre tantos colores no podía sino destacar con su sobria imagen en blanco y negro, cada

<sup>13</sup> De Kent, p. 346.

vez pasaba más temporadas en el castillo de Anet, que heredó de su marido y que había ampliado y reconstruido en los últimos años con la ayuda económica de Enrique. Era un templo que Diana se erigió a sí misma: por todas partes había cuadros y esculturas que, con el pretexto de estar dedicados en teoría a la diosa Diana, llevaban en realidad su rostro o tenían su cuerpo. No se conformó con cualquier cosa: pronto entendió que, si Francisco I había impulsado en arte la famosa escuela de Fontainebleau, le correspondía a Enrique II hacer lo propio en su reinado. Pero como el arte no era lo más importante para él, en ocasiones lo asumió ella misma en su nombre. Y así surgió la llamada Escuela de Anet, cuyos integrantes tomaron a Diana como modelo en infinidad de ocasiones. Esa es la razón de que hoy esté retratada en pinturas como *Diana de Poitiers en el baño*, de François Clouet, o en la famosa escultura *Diana apoyada en un ciervo* (atribuida a Jean Goujon), y hasta de que, mucho más adelante en el tiempo, un joven Gustave Flaubert la trajera a colación en una de sus primeras novelas, *La educación sentimental*, o Marguerite Yourcenar le dedicara un capítulo en *A beneficio de inventario*. Lo cierto es que Diana, o la fascinación que ejercía Diana sobre el rey, para ser más exactos, fue también la inspiración de numerosos poetas. Joachim du Bellay, por ejemplo, escribió: «Habéis aparecido / como un milagro entre nosotros / para que de este gran rey / pudierais poseer el alma».<sup>14</sup> Hay que

<sup>14</sup> María Pilar Queralt del Hierro, *Reinas en la sombra*, p. 62.

reconocer que Diana, que logró que Anet fuera también uno de los refugios más queridos de Enrique II, fue muy hábil. Decorando el castillo a su mayor gloria, lograba el doble propósito de alimentar su ego y de agrandarse a ojos de su amante.<sup>15</sup>

El reinado de Enrique II, en el que la tensión entre católicos y protestantes alcanzó altas cotas, fue testigo también de la derrota de Carlos V, su eterno enemigo. Los últimos años no fueron buenos para él: derrotado en Italia y en los Países Bajos por España, firmó en 1559 la Paz de Cateau-Cambrésis por la que, entre otras cosas, renunció para siempre a sus ambiciones sobre Italia. Con todo, la vida seguía en la corte, y los intentos de establecer nuevas y fructíferas alianzas seguían su curso. Dos de sus hijos contrajeron matrimonio: en 1558 el delfín Francisco con María Estuardo, conocida entonces como «la rosa de Escocia», y en 1559 Claudia, que tenía once años, con el duque Carlos de Lorena, de dieciséis. Precisamente durante los festejos por una boda sobrevino la tragedia.

Enrique, que no perdonaba nunca una justa o un torneo, tenía por delante cinco días llenos de ellos. Su hija Isabel y su hermana Margarita se casaban y él tenía ganas de celebrar ambas bodas. Pero Catalina tuvo una premonición. Soñó que algo muy grave podía pasarle a su marido y así se

<sup>15</sup> El castillo, actualmente restaurado, fue uno de los escenarios del rodaje de una de las películas de la saga de James Bond, *Thunderball* (*Operación trueno*).



*Diana de Poitiers fue el gran amor de Enrique II de Francia y contra él no pudieron ni el tiempo, pese a que ella era diecinueve años mayor que él, ni los celos de la reina, Catalina de Médicis.*

lo comunicó el primer día. Sin embargo, este no hizo caso. Lejos de calmarse, la reina se llenó de malos presagios, sobre todo cuando su propio astrólogo, Cosmo Ruggieri, como antes Nostradamus, le confirmó el peor de sus temores: que estaba escrito que Enrique II moriría en un duelo. Él cada mañana la tranquilizaba: ya veía ella que no pasaba nada, que no había que hacer caso de supersticiones. Y además lo suyo era una justa, no un duelo propiamente dicho. En la mente de Catalina, sin embargo, retumbaban las palabras que un día dejó escritas Nostradamus: «El león joven

vencerá al viejo / en un campo de batalla o en un duelo singular; / perforará sus ojos a través de una jaula dorada / dos heridas en una, y tendrá una muerte cruel».

El tercer día de los torneos, 30 de junio de 1559, Enrique entró en liza sobre un caballo que le acababan de regalar. A sus cuarenta y dos años combatió con éxito contra dos caballeros y, en vez de retirarse, se empeñó en romper la tercera y última lanza con un joven noble, Gabriel Montgomery. En las gradas, Catalina y Diana observaban. De repente, el rey se tambaleó. Se había dejado la visera de su casco mal cerrada y la mala suerte quiso que una astilla de la lanza de Montgomery penetrara por uno de sus ojos.

La agonía, terrible, duró diez largos días. No hubo médico ni remedio que lograra parar la infección generalizada que le sobrevino.<sup>16</sup> Y mientras duró, Catalina ejerció, por fin, de dueña de la situación y no permitió que Diana se acercara ni por un momento al monarca. Había llegado la hora de su venganza, y lo primero sería impedir que los enamorados se despidieran. Después vino la segunda parte: «invitó» a Diana a irse de la corte y le pidió todas las joyas de la corona que tenía en su haber, regalo de Enrique. (Hay diversas versiones en cuanto a esto: unas dicen que Catalina se las pidió; otras, que Diana se adelantó a devol-

<sup>16</sup> Quienes aún dudan sobre cuánto ha evolucionado la humanidad a lo largo de los siglos harán bien en saber cuál fue el método empleado, a instancias de Catalina, para probar los diversos tratamientos: coger a diez condenados a muerte, infligirles una herida exactamente igual a la del rey y ver qué pasaba.

verlas, inventario incluido.) En todo caso, se quedó sin las joyas y sin el magnífico castillo de Chenonceau, en el que tanto tiempo y dinero había invertido, especialmente en sus fabulosos jardines. La reina la compensó con otro castillo menor, pero no por bondad, sino porque la complicada situación legal de Chenonceau así lo obligaba. Podía haberse ensañado con Diana, pero tenía cosas más urgentes que hacer, como ocuparse de la inmediata regencia de su hijo Francisco, a quien la muerte de su padre había sorprendido con quince años. Además, la gran senescala tenía muchos amigos en la corte, algunos ciertamente influyentes, y no le convenía enemistarse con ellos. Así que se contentó con quitar a la amante de su marido de su vista y no volver a verla nunca más.

Diana, por su parte, se retiró a su querido castillo de Anet, donde tantas horas pasó en compañía de Enrique y donde era feliz entre sus obras de arte y su magnífica biblioteca. Estaba a punto de cumplir sesenta años y tenía la compañía de una de sus hijas, que también había sido desterrada de palacio junto a su marido. Su vida no se acabó ahí, porque ella ya era noble mucho antes de conocer al rey, pero ya fue una vida de recogimiento, de recuerdo. Desde Anet tuvo noticias de Catalina, que llegó a reinar treinta años en solitario al sumar las regencias de varios de sus hijos. Como murió a los sesenta y seis años, no pudo ver cómo esta ejerció el poder con sorprendente y a veces maquiavélica capacidad, o no mucho, pero seguro que supo de un postrero homenaje que le hizo, probablemente sin querer: adoptar blanco y negro como colores de luto.

Durante la Revolución francesa de 1789, la tumba de Diana fue profanada y sus huesos fueron a dar a una fosa común, pero recientemente estos se localizaron e identificaron sin ningún género de dudas. La ocasión fue aprovechada por unos investigadores para determinar de qué murió, y así se supo que no fue por una caída de caballo que sufrió un año antes, como se barajó en su momento, sino por la intoxicación de oro que, en grandes cantidades, aún quedaba en sus restos. Los expertos dictaminaron que un metal a tan alta concentración producía anemia, entre otras cosas, y que probablemente esa era la razón de su tez palidísima. Finalmente la ciencia confirmó, casi cinco siglos después, uno de los secretos de belleza mejor guardados de Diana de Poitiers: que, efectivamente, tomaba oro líquido para conservar la juventud. El otro, el que hizo que un rey que podía tener a cualquier mujer la quisiera sólo a ella, no es, afortunadamente, cosa de laboratorios ni de fórmulas mágicas.